

Con Vallejo en París —mientras llueve

METIDO BAJO UN POEMA de Vallejo oigo pasar el trueno y la centella. «Hay bochinche en el cielo», dice impasible el indio acorralado en callejón de París. Furiosa el agua retumba sobre el techo blindado del poema. *Emprésteme* Abraham, le digo, un paraguas, un cacho de nube seca como el chuño enterrado en la nieve. Estoy harto de no entender el mundo, de ser el pararrayos del sufrir, de la frente al talón. Alguien tiene que tenderme una mano que sea como un túnel por donde al final no haya un cementerio. Dígame, Abraham, cómo se las arregla para parir el poema que es ruana recia del indio, y es al mismo tiempo hombreante poema panadero, padrote semental poema.

Me cobijo, me enclaustro, me escabullo amigo Abraham en este parapeto de un poema suyo donde se puede agüaitar, arriba, el paso del hambre que sale por el mundo a comerse gente carniprieta, a devorar pobres y más pobres, requetecienmil pobres tiritando de hambre. Oiga, Abraham, llamado César como un emperador de toga negra y corona de espinas, ¿cómo se las arregla para tristear sus poemas, si nunca cesa de llover miseria humana, y se nos tuercen todos los tacones de los viejos zapatos, y el agua cala impiadosa los remiendos del poncho? (Y qué risa me da que use usted nombre de imperial romano. Usted tendría que llamarse eternamente Abel o Adán, pero Abraham está bien: la mamacita de usted le llamaba Abrancito y le decía niño no pienses tanto, que en el pobre pensar no sirve para nada, pensar es sufrir más.

Oiga lo que le digo, Abraham:

tanta hambre paso en París que voy al Louvre a comerme el pan y los faisanes de un bodegón holandés. Le arrebató a un hombre de Franz Hals un jarro de cerveza y me harto de espuma. Salgo del museo limpiándome el hocico con el puño cerrado y digo ¿cuándo parará de llover en este mundo, cuándo en el techo de los pobres no rebotarán más piedras, y lloverá maíz en vez de luto? Y agarro el bastón de Chaplin, me subo el cuello de la chaqueta y salgo en busca de un refugio, de un cobijo donde pasar lo que reste de llanto. *Me siento a caminar* por la tristura y vengo aquí al providente amigo a pedirle prestado un jergón para echarme a dormir; déjeme por un siglo no más un poema suyo suyo, testicular semilla, antihambre poema, antiodio poema vallejiano, déme un alarido sofocado por miedo al carcelero, un alarido en quechua o en mandinga pero con techo y suelo donde echarse morir, digo, a dormir, me contradigo, me enrosco, me encucillo, vuelvo a ser feto en el vientre de mi madre; me arrebujo y oigo su rezongar andino sollozante: a París le hace falta un Aconcagua, y voy a lloverle a Dios sobre su misma cara el sufrimiento de todos los humanos.

Alguien dice *carcasse*

y yo digo esqueleto. Hasta de espaldas se ve que está llorando, pero empresta el refugio piadoso que le pido, y me echo a morir, digo, a dormir, acorazado por el poema de Abraham; de César, digo; quiero decir, Vallejo.

Gastón Baquero

Recado para César Vallejo

Sentándote en el sur del altiplano
podías haber dicho
no parto, quienes antes ya vivieron
aquí me encontrarán, puntual he sido.

Pero ni tú sabías que no estabas
hecho para quedarte.
Caminaste al lugar donde las huellas
no son reconocibles,
donde tu soledad, la de los tuyos,
no fue sino una más.

Porque América ha sido —te dijeron—
la región de los muertos.
Y tú les respondiste que, vestidos
de polvo y de memoria,
los deudos allí siguen y se sientan,
durante las mañanas,
con la mirada al lado del crepúsculo,
por recibir el sol en sus espaldas,
y transportarlo, en sombra, hacia la vida.

Desde entonces transcurre y acaeces
sin rencor y sin tregua,
no solamente sobre las montañas,
que siempre nos aguardan,
y no sólo en París, que a nadie espera,
ni te esperaba a ti.

Desde entonces, la fragua que en las noches
se enciende tras los Andes,
ilumina los rostros de los padres
al repartir el pan y tu palabra.

Alfonso Barrera Valverde